

Con el objeto de impedir la marcha de los franceses sobre Hermosillo, en el caso de que la intentasen, se dirigió Pesqueira á la Hacienda de la Cieneguita. El 17 de Abril se le incorporó el General Jesús García Morales, Jefe de la primera brigada de las tropas del Estado, siendo nombrado luego Mayor general de la División; reforzada ésta con los contingentes de varios puntos, el Estado de Sonora se presentaba de una manera digna para entrar en la lucha, dando con ello una prueba del vigor en que se hallaba el espíritu público.

De iguales sentimientos podía decirse que se hallaban animados los Estados limítrofes de Coahuila, Durango, Nuevo León y Tamaulipas.

No obstante de encontrarse el segundo casi sin libertad de acción por la presencia en su territorio de una considerable fuerza francesa, casi todas las poblaciones de éste se habían levantado en contra del opresor, pues con excepción de la Capital, de Nazas y Santiago Papasquiario, los demás pueblos duranguenses habían vuelto al orden constitucional.

Respecto de Nuevo León y Coahuila, sucesos importantes habían acaecido allí, y de ellos daremos cuenta minuciosa en su oportunidad; y por lo que atañe á Tamaulipas, el 23 de Abril ocupó á Ciudad Victoria, su capital, el Coronel Pedro F. Méndez, en cuyo poder quedó todo el armamento, artillería y demás pertrechos del enemigo, cuya fuerza salió del territorio del Estado en virtud de la capitulación que se celebró. El asedio de la plaza duró 19 días, con la circunstancia, muy digna de ser tomada en cuenta, que cuando se intimó la rendición á los sitiados, los sitiadores no contaban ni siquiera con una parada por plaza, á lo que se agrega que siendo ambas fuerzas casi iguales, y estando la enemiga bien municionada y tras de excelentes parapetos, con su competente artillería, había sido imposible tomar por asalto la ciudad.

Malos vientos corrían por entonces á la causa de la República, cundiéndose entre sus partidarios el desaliento, pues á la vez que tenían verificativo los sucesos acabados de narrar, Oaxaca que constituía el principal centro de defensa nacional, había caído en poder de Bazaine que personalmente y á la cabeza de fuerzas respetables, en su mayoría francesas, marchó á dirigir la campaña, reconociendo la magnitud é importancia de ésta.

Un periódico de la época (*La Era Nueva*), decía á tal respecto lo siguiente, que reasume y sintetiza el suceso:

“El 20 de Enero la ciudad se encontraba completamente cercada y cortado su abastecimiento de agua potable. El 22, los sitiados hicieron una salida en la que fueron rechazados con pérdida y obligados á volver á la plaza abandonando sus cañones. Los trabajos de paralelas comenzaron entonces en toda la línea y fueron estrechándose de una manera lenta y continua, á pesar del fuego incesante de la plaza, que sin embargo ha causado muy poco mal.

“Una carta que tenemos á la vista hace notar, de paso, que la mayor parte de los proyectiles arrojados por los sitiados, eran de plomo ó de metal de campana.

“El 3 de Febrero se tomó una posición desde la que el enemigo inquietaba muy activamente los trabajos del sitio. El 6, el segundo regimiento de zuavos ocupó uno de los suburbios de la ciudad. Acercándose el momento de las operaciones más activas, el Mariscal había transportado su cuartel general á la hacienda de Montoya, que se halla apenas á un kilómetro de la ciudad.

“En la noche del 6 al 7 una batería de morteros fué instalada á cuatrocientos metros del primer fuerte dominante, contra el que se rompió un regular y nutrido fuego. Cerca de cuatrocientos proyectiles fueron arrojados en las jornadas del 7 y del 8. En la tarde de este último día se tomaron las disposiciones para tomar la posición en la mañana siguiente. Felizmente estas disposiciones debían ser inútiles.

“Cerca de media noche, Porfirio Díaz se presentó á las avanzadas francesas, acompañado de un ayudante, y pidió ser conducido á la presencia del Mariscal. Dos horas después la rendición, sin condición alguna, era un hecho consumado.

“La resolución súbita de Porfirio Díaz, se explica por la certeza de una próxima é inevitable derrota, á la cual lo habían conducido las disposiciones del Mariscal. Literalmente cercado, privado de agua, con una guarnición desmoralizada por la convicción de que la defensa sería inútil, el único partido que le quedaba que tomar fué el que tomó.”

La pérdida de una plaza tan importante, mucho preocupó á los pa-

triotas mexicanos, pues como dijo "La Sombra," periódico metropolitano y liberal, "la caída de Oaxaca ha sido el último canto de la epopeya republicana:" el General Díaz, sus oficiales y una parte de sus soldados fueron conducidos prisioneros á Puebla, y el Mariscal, después de algunos días de reposo, volvió á la Capital, en donde entró el 25 de Febrero.

La pérdida de Oaxaca que fué juzgada como el acontecimiento más notable de la época, ocupó desde luego la opinión pública y fué el tema de todas las conversaciones. La prensa dió la noticia y comentó el hecho que juzgó por demás importante, pues según decía el diario imperialista *La Razón*, con la caída de Oaxaca había desaparecido el único cuerpo de ejército formal y bien organizado que tenían los disidentes, y esta desaparición debía influir, según él, de una manera eficaz en la pacificación completa del país.

"El Departamento de Oaxaca, añadía, es uno de los más importantes del Imperio, por su posición, por sus riquezas agrícolas y por los hábitos laboriosos de sus habitantes. Estos empezarán á sentir las ventajas de la paz y de las garantías que les ofrece el Imperio; y á la vista de estos bienes positivos, los vecinos Departamentos de Chiapas y Tabasco conocerán cuánto les interesa adherirse al nuevo orden de cosas, abandonando una causa perdida, por la cual no se deben hacer ya más sacrificios."

Sin embargo de lo ruidoso del triunfo, Bazaine el triunfador dió cuenta de él al Archiduque, por medio de este lacónico telegrama:

"Oaxaca, Febrero 9.—Oaxaca ha capitulado esta noche. Porfirio Díaz y la guarnición se rinden á discreción. Todo el armamento queda en nuestro poder. Tengo el honor de ofrecer mis felicitaciones á V. M.—Bazaine."

El General Mangin quedó mandando en la ciudad acabada de tomar, siendo su principal empeño el hacer que todo el Estado reconociese la autoridad del Archiduque, lo cual era muy difícil de conseguir, atendiendo al número respetable de enemigos armados que había antes que destruir, contándose entre otros, el Cuerpo de Caballería del General Don Félix Díaz y las guerrillas del valiente y decidido Figueroa.

El primero había salido de Oaxaca antes de formalizarse el asedio; recorrió el país en una vasta extensión; atacó los convoyes del enemi-

go y las ciudades de Huajuapán, Tehuacán y otras, retirándose en seguida para la Sierra de Ixtlán. El segundo estableció su cuartel general en las montañas cercanas á Huehuetlán, donde fué atacado por Mangin, sin ningún resultado plausible para éste, pues desalojado de sus posiciones se retiró tranquilamente, y el jefe francés se contentó con arrasar las fortificaciones, dejando en Teotitlán un puesto de observación para vigilar las guerrillas, cuya vecindad era en extremo peligrosa.

A la sazón que sucumbía Oaxaca, la defensa nacional sufría otro golpe serio, por la captura del Coronel Nicolás Romero, en una pequeña ranchería llamada Papasindán, sita en el Estado de Michoacán.

El león de las montañas, como le llamaban los franceses, tenía orden de escaramucear y retirarse después, sin pérdida de tiempo, para Tacámbaro; pero Romero era un valiente, y dando vuelo á su alma esforzada, se batió un día entero con el enemigo, y al siguiente emprendió su marcha.

Habiendo hecho una caminata muy pesada, creyó oportuno dar un poco de descanso á su tropa, dirigiéndose para el efecto á la ranchería aludida, que estaba situada en medio de montañas elevadas, destituidas de vegetación, pero que ofrecía un magnífico punto de defensa, pues el único camino que á ella conducía, y que era el mismo que debería traer el enemigo, era una vereda incómoda y escabrosa, y en donde no cabían dos hombres de frente: un ejército podía ser descubierto á una gran distancia, y con cien hombres era muy fácil impedir el paso á tres mil; podíase, pues, estarse allí confiado y tranquilo.

Sin embargo, cerca de las diez de la mañana del 31 de Enero, cuando la tropa descansaba bajo los árboles, los caballos desensillados pacían libremente, y los oficiales y los soldados departían en alegres grupos esparcidos por varios puntos de la localidad, fué sorprendida ésta por una fuerza de zuavos, seguida de una caballería de imperialistas, ocupando ambas instantáneamente el campamento republicano.

El pánico de la sorpresa se apoderó de todos; nadie pensó en resistir ni era posible organizar la defensa, la matanza comenzó en el acto, y la sección de Nicolás Romero, que tanto se había impuesto al

osado invasor, por su heroico comportamiento, se deshizo como el humo, habiendo caído prisionero su denodado caudillo. Este, en compañía de un número regular de sus compañeros, fué conducido á la ciudad de México, donde llegó el 17 de Febrero, escoltado por una fuerza de la legión belga, y encerrado en la prisión de Santiago Tlaltelolco.

Sometido á la Corte Marcial, el desenlace estaba ya previsto, no obstante los cargos ridículos é infundados que se le hacían, y las atestaciones producidas en favor del acusado, por personas tan honorables como los señores Licenciados Don Manuel Peña y Ramírez, Don José Isaac de la Sancha, Martínez de la Concha, Don Ignacio de la Peña, Don Juan José de la Garza, D. Manuel Romero Rubio y otras más.

Se le acriminaba de que su tropa no podía considerarse como de ejército organizado; de que hacía requisición de caballos para montar á sus soldados; de que extorsionaba á los pueblos con el cobro de contribuciones; y el fiscal militar Lafontaine, que emplazaba muy enfáticamente á todos los jefes republicanos para el banquillo de la Corte Marcial, no tuvo inconveniente hasta en insultarlo, llamándole *miserable*, y pidiendo con entusiasmo su muerte y la de sus oficiales prisioneros.

El referido Comisario en la larga requisitoria que formuló en contra de Romero, aglomerando cargos para salir adelante en su malévolas petición de aplicar la pena de muerte á dicho ciudadano, concluía así su alegato:

“Lo prolongado de este debate y la *amplitud dejada á la defensa, prueban sobradamente la imparcialidad de la Corte.* Cualquiera que sea la lógica del defensor del acusado Romero, no lo arrancará á la justicia.

“Yo señores, consideraría el triunfo de esa defensa como un duelo, una calamidad pública, si tuviese lugar, y no vacilo en decir que en ese supuesto, nuestro papel habría terminado en México, y no tendríamos que hacer otra cosa que echar la maleta á las espaldas, y atravesar de nuevo los mares.”

1 Relaciones contestes y dignas de todo crédito por su procedencia auténtica y veraz, refieren que pasado el acto de la sorpresa á la fuerza liberal, un soldado francés, persiguiendo á un hermoso gallo que quería coger, descubrió oculto en el ramaje de un árbol corpulento, al Coronel Nicolás Romero, que fué en el acto aprehendido, para ser llevado á la Capital y ejecutado después.

dríamos que hacer otra cosa que echar la maleta á las espaldas, y atravesar de nuevo los mares.”

Las cortes marciales francesas, como fué público y notorio, no eran más que tribunales odiosos y sanguinarios, establecidos por la tiranía para saciar venganzas, para ahogar el patriotismo, y para organizar y dirigir asesinatos, prisiones, destierros y toda clase de atentados. Ni la virtud, ni la inocencia, ni el mérito, nada valía para obtener la reivindicación del derecho ó el triunfo de la justicia en esos antros tenebrosos, donde no existía ninguna garantía, y donde, casi siempre, una simple denuncia producía un fallo de muerte.

Las defensas salían sobrando; y esos hombres que se reunían en conciliábulo diabólico, ávidos de sangre, usurpando los nobles atributos de jueces rectos y probos, y atropellando las fórmulas más triviales y usadas en los juicios, no hacían más que proporcionar ocupación á los verdugos, que cual hienas hambrientas esperaban con delectación feroz la lista de las víctimas que al día siguiente habían de dejar de existir.

“La Inquisición, dice el Sr. Riva Palacio, tenía más aparato para el suplicio, quizá más crueldad en los tratamientos que hacía sufrir á sus víctimas; pero más deseo de sangre y más constancia en el asesinato, no Las Cortes Marciales, en poco menos de tres años que duraron establecidas en México, hicieron morir por lo menos triple número de individuos que la Inquisición en casi tres siglos. Sólo la famosa ley del 3 de Octubre, publicada por el Imperio, excedió en crueldad á las Cortes mencionadas. “México estaba sobrecogido de espanto: la espada de Damocles pendía en cada hogar sobre la cabeza de cada miembro de la familia.”

Durante los primeros días de la dominación francesa en la Capital, los invasores eligieron para teatro de sus ejecuciones la Plazuela de Santo Domingo, punto demasiado céntrico. “Aquella Plazuela agrega el escritor citado, está verdaderamente empapada en sangre. Allí han sido sacrificadas tantas nobles víctimas, que si un laurel, ó una palma brotara en memoria de cada mártir, ese lugar sería el bosque más impenetrable de la tierra.”

Habiendo caído de la gracia de los civilizadores franceses el lugar

1 Riva Palacio. Calvario y Tabor. Página 298.